

DOMINGO I DE CUARESMA, CICLO C, LAS TENTACIONES DE JESÚS EN EL DESIERTO SEGÚN Lc 4, 1-13

EL DESIERTO

a. Visión negativa

Is 40,3-5; 35,1-2

Dt 32,10: En el desierto reina la soledad rugiente de la desolación.

Is 13,21: Morada de fieras, avestruces, búhos.

Is 34, 14: Lugar frecuentado por los perros salvajes, hienas y demonios de la noche.

Lv 16,22: Región árida, sin vida.

Dt 8, 15: Es el lugar donde solo viven serpientes y escorpiones, lugar de sed y sin agua.

b. Visión positiva

Gn 2, 8-14: Es el lugar donde el creador planta para el hombre el jardín del Edén, con abundancia de agua y vida.

Dt 32, 10; Jr 31,12; Os 9,10: Lugar donde Dios interviene con amor en favor del pueblo.

Dt 8, 15: Lo guía para que esté seguro a través de la prueba

Jr 2,2: s el lugar del enamoramiento.

Os 2, 14-19: Oseas añora un retorno al desierto para un nuevo comienzo.

Os 2,16-17: Es un lugar de paso a la tierra prometida.

Ex 16,1; Ex 17,1; Ex 19,2

Mc 9,12-13: Jesús.

c. Experiencias de desierto: En casi todos los personajes bíblicos encontramos una experiencia de desierto. Es casi inevitable pasar por el desierto ara encontrar la tierra prometida.

A.T.

1. Abraham Gn 12,1-9: Sale de su tierra Padán Arán y se pone en camino hacia la tierra de Canaán.

2. Agar Gn 17, 7-8: El ángel del Señor la encuentra en el desierto.

3. Moisés: Ex 3, 1-2.

4. Ex 15,22: Marcha de Israel a través del desierto.

5. Elías: I Re 19,3-4

N.T.

1. Juan Bautista Mt 3,1. Juan Bautista es un hombre del desierto.

2. Jesús Mt 4,1: Antes de comenzar su predicación pasa un tiempo de predicación en el desierto.

El desierto, tiempo de encuentro con el Señor.

El desierto no es sólo un lugar físico sino, principalmente, un tiempo privilegiado para el encuentro con Dios. Los judíos asignaban al tiempo una característica cualitativa, había un tiempo para cada cosa, lo llamaban un "tiempo propicio". El desierto es el tiempo propicio para escuchar a Dios.

Significa una interrupción de la vida cotidiana, para retirarse por un momento, y renunciar a la rutina diaria para regalar un tiempo de nuestra vida a Dios. Es interrumpir las tareas propias de la vida para ofrecer a Dios un momento para la contemplación y la escucha.

Como tiempo para Dios no implica un lugar físico determinado sino una actitud del corazón, capaz de llevarse a la práctica aún en medio del devenir cotidiano. Un buen ejemplo que explica esto lo tenemos en la actitud de Marta y María ante la visita de Jesús a su casa: el Señor alaba la actitud de María, quien permanece a los pies del Maestro escuchando su palabra.

El desierto es interrupción del quehacer cotidiano para salir al encuentro de Dios en actitud de búsqueda, escucha y silencio. Es tiempo de gracia porque es don gratuito a Dios, le ofrecemos y entregamos un momento de nuestra vida para que Él disponga.

"El desierto es un lugar privilegiado para el encuentro con Dios. Más que un lugar geográfico, es una situación personal, es un espacio singular para romper con las ataduras del mundo y adentrarnos en la órbita de lo sagrado, quitándonos las sandalias para acercarnos al Señor. Es el lugar apropiado para vivir la pobreza y el silencio, donde se escucha la voz del Espíritu. En el desierto se purifica uno de la esclavitud de tantos ídolos y se prepara para llegar al oasis de la tierra prometida."

El desierto, la experiencia que nos hace y re-hace como discípulos

"Por eso voy a seducirla, la llevaré al desierto y le hablaré al corazón"

Os. 2, 16: En el lenguaje esponsal que utiliza el profeta Oseas para describir la relación entre Dios y su pueblo, apreciamos como la iniciativa del desierto parte de Dios. El busca suscitar el encuentro (y el re-encuentro) para hablarnos al corazón. El texto es muy hermoso y señala cómo Dios protegerá la vida de su amada en el desierto, cómo la purificará de sus faltas (la referencia a "Baal" apunta a la idolatría, la raíz de nuestro alejamiento de Dios está siempre en buscar a Dios por otros caminos... hacernos imágenes de Él), y cómo

reestablecerá una alianza de Amor, fundada en la justicia, el derecho, el amor y la ternura. Así la esposa (el pueblo... nosotros) conocerá a Dios.

Como señalamos anteriormente, los personajes clave de la historia de salvación son hombres y mujeres de desierto, pues para encontrar a Dios y descubrir su proyecto hace falta hacer silencio, despojarse de todo y ponerse en sus manos, a la escucha.

El desierto es una iniciativa de Dios, por eso quien quiere ser discípulo debe seguir a Dios hacia el desierto, que es donde se revela y muestra tal como es.

La experiencia de Elías nos muestra que la ida al desierto no es fácil ni sencilla.

Dios lo prepara pues "el camino será largo para ti" (1 Re. 19, 7). En el desierto Dios no nos abandona, por el contrario, nos cuida, nos protege y nos alimenta.

El mismo Jesús atraviesa por esta experiencia. El evangelio de Marcos utiliza una palabra provocadora para revelar la profundidad de esta experiencia:

"El Espíritu lo empujó al desierto"

Mc. 1, 12: El texto sugiere un matiz que queda escondido en las traducciones de los otros evangelistas, más recordadas por nuestros oídos ("lo condujo", dirá Mateo; "se dejó guiar", en palabras de Lucas). Empujar nos hace pensar en nuestras resistencias, miedos e incertidumbres, a la hora de "dejarse guiar" al desierto. Es interesante y revelador leer en la Palabra de Dios que a Jesús "lo empujó el espíritu", porque a cada uno de nosotros nos suele pasar lo mismo.

La vida pública de Jesús nos muestra muchos momentos en los cuales él se retira a lugares desolados, o de madrugada (cuando todos duermen y hay silencio), o a lo alto del monte, para orar y estar a solas con Dios. Tan importante es esta actividad para Jesús que lleva a sus discípulos a participar de esta experiencia.

Les enseña a "hacer desierto" en sus vidas. La cita de Marcos (Mc. 6, 31) con la cual comienza esta reflexión, situada entre la misión de los discípulos y la primera multiplicación de los panes, es muy reveladora. Los discípulos han participado, por primera vez, del anuncio y testimonio del Reino. Han repetido la práctica del maestro. Para seguir aprendiendo hay que volver al desierto, a escuchar la voz de Dios, a dejarse llevar por su Espíritu para hacer su voluntad.

Otro momento clave para la vida de Jesús es la oración en el huerto. Ante la proximidad de su muerte violenta Jesús se retira con sus amigos más íntimos a orar al Padre... los conduce a participar de su desierto (Mc. 14, 32ss).

El discípulo es el que escucha la voz del Señor, quien se deja instruir y formar por su palabra (como nos enseña Isaías en un hermoso y poco trabajado texto, Is. 50, 4-5). El desierto es la experiencia que nos hace y re-hace discípulos del Señor. En ella nos dejamos conducir y empujar por su Espíritu, para encontrarnos en la soledad del silencio ante Dios, para que Él tenga la iniciativa y nos vuelva a seducir... para que nos hable al corazón y nos infunda su Espíritu para vivir su proyecto (Ex. 36, 26-27).

El desierto cotidiano, clave para una espiritualidad en los pasos de Jesús

El desierto es una actitud del discípulo, más que un lugar físico o geográfico, es el lugar espiritual adonde alimentarnos de Dios para poder vivir según su voluntad.

Todos podemos hacer un tiempo diario de desierto. Se trata de encontrar un momento para poder hacer silencio interior, olvidar nuestras preocupaciones y alegrías, silenciar nuestra voz para dejarnos acariciar por la presencia del Dios que está junto a nosotros.

Búscate un momento en el día, de mañana bien temprano o cuando todos duermen... y tomate 10 minutos (no más para empezar, con eso alcanza y sobra si verdaderamente lo puedes mantener).

Comienza por repasar todo lo que vas viviendo... algo así como "contemplar" la vida (para no ser arrastrado por ella), dar gracias, pedir fuerzas, ofrecer lo que no puedas manejar... o sentir simplemente un ratito de silencio adentro.

Luego déjate ganar por el silencio... y la voz de Dios te hablará al corazón.

Finalmente puedes leer el evangelio del día, para meditarlo y orar con la Palabra de Dios, y así llevar durante la jornada su palabra bien adentro, como María, la primera discípula, "quien guardaba fielmente en su corazón todos estos recuerdos" (Lc 2, 51).

La experiencia de Elías. Leer 1 Re 19, 1-16

Intenta recordar lo que conoces de la vida de Elías.

- ¿En dónde se encuentra? ¿Por qué está allí? ¿Cómo se siente? Presta atención a sus palabras e intenta relacionarlas con momentos de tu vida personal...
- ¿Cómo se manifiesta Dios? ¿Qué gestos tiene con Elías?
- Observar que en la experiencia de Elías hay dos momentos de desierto, el segundo le lleva «tiempo» y «camino» ... para profundizar y «purificar» su relación con Dios.
- ¿Adónde llega Elías? ¿Su camino te hace recordar otras experiencias bíblicas de desierto (el pueblo en el Éxodo, Jesús en el desierto...)? ¿Qué sucede en la montaña de Dios?
- ¿Qué aprendes de la experiencia de «desierto» = encuentro con Dios, de Elías, para tu propia vida?

Las tentaciones de Jesús, del libro "Jesús de Nazaret" de Joseph Ratzinger

El descenso del Espíritu sobre Jesús con que termina la escena del bautismo significa algo así como la investidura formal de su misión. Por ese motivo, los Padres no están desencaminados cuando ven en este hecho una analogía con la unción de los reyes y sacerdotes de Israel al ocupar su cargo. La palabra "Cristo-Mesías" significa "el Ungido": en la Antigua Alianza, la unción era el signo visible de la concesión de los dones requeridos para su tarea, del Espíritu de Dios para su misión. Por ello, en Is 11, 2 se desarrolla la esperanza de un verdadero "Ungido", cuya "unción" consiste precisamente en que el Espíritu del Señor desciende sobre él, "espíritu de ciencia y discernimiento, espíritu de consejo y valor, espíritu de piedad y temor del Señor". Según el relato de san Lucas, Jesús se presentó a sí mismo y su misión en la Sinagoga de Nazaret con una frase similar de Isaías: "El Espíritu del Señor está sobre mí, porque él me ha ungido" (Lc 4, 18; cf. Is 61, 1). La conclusión de la escena del bautismo nos dice que Jesús ha recibido esta "unción" verdadera, que El es el Ungido esperado, que en aquella hora se le concedió formalmente la dignidad como rey y como sacerdote para la historia y ante Israel. Desde aquel momento, Jesús queda investido de esa misión. Los tres Evangelios sinópticos nos cuentan, para sorpresa nuestra, que la primera disposición del Espíritu lo lleva al desierto "para ser tentado por el diablo" (Mt 4, 1). La acción está precedida por el recogimiento, y este recogimiento es necesariamente también una lucha interior por la misión, una lucha contra sus desviaciones, que se presentan con la apariencia de ser su verdadero cumplimiento. Es un descenso a los peligros que amenazan al hombre, porque sólo así se puede levantar al hombre que ha caído. Jesús tiene que entrar en el drama de la existencia humana -esto forma parte del núcleo de su misión-, recorrerla hasta el fondo, para encontrar así a "la oveja descarriada", cargarla sobre sus hombros y devolverla al redil. El descenso de Jesús "a los infiernos" del que habla el Credo (el Símbolo de los Apóstoles) no sólo se realiza en su muerte y tras su muerte, sino que siempre forma parte de su camino: debe recoger toda la historia desde sus comienzos -desde "Adán"-, recorrerla y sufrirla hasta el fondo, para poder transformarla. La Carta a los Hebreos, sobre todo, destaca con insistencia que la misión de Jesús, su solidaridad con todos nosotros prefigurada en el bautismo, implica también exponerse a los peligros y amenazas que comporta el ser hombre: "Por eso tenía que parecerse en todo a sus hermanos, para ser compasivo y pontífice fiel en lo

que a Dios se refiere, y expiar así los pecados del pueblo. Como él había pasado por la prueba del dolor, puede auxiliar a los que ahora pasan por ella" (Hb 2, 17 s). "No tenemos un sumo sacerdote incapaz de compadecerse de nuestras debilidades, sino que ha sido probado en todo exactamente como nosotros, menos en el pecado" (Hb 4, 15). Así pues, el relato de las tentaciones guarda una estrecha relación con el relato del bautismo, en el que Jesús se hace solidario con los pecadores. Junto a eso, aparece la lucha del monte de los Olivos, otra gran lucha interior de Jesús por su misión. Pero las "tentaciones" acompañan todo el camino de Jesús, y el relato de las mismas aparece así -igual que el bautismo- como una anticipación en la que se condensa la lucha de todo su recorrido. En su breve relato de las tentaciones, Marcos (cf. Mc 1, 13) pone de relieve un paralelismo con Adán, con la aceptación sufrida del drama humano como tal: Jesús "vivía entre fieras salvajes, y los ángeles le servían". El desierto -imagen opuesta al Edén- se convierte en lugar de la reconciliación y de la salvación; las fieras salvajes, que representan la imagen más concreta de la amenaza que comporta para los hombres la rebelión de la creación y el poder de la muerte, se convierten en amigas como en el Paraíso. Se restablece la paz que Isaías anuncia para los tiempos del Mesías: "Habitará el lobo con el cordero, la pantera se tumbará con el cabrito..." (Is 11, 6). Donde el pecado es vencido, donde se restablece la armonía del hombre con Dios, se produce la reconciliación de la creación; la creación desgarrada vuelve a ser un lugar de paz, como dirá Pablo, que habla de los gemidos de la creación que, "expectante, está aguardando la plena manifestación de los hijos de Dios" (Rm 8, 19). Los oasis de la creación que surgen, por ejemplo, en torno a los monasterios benedictinos de Occidente, ¿no son acaso una anticipación de esta reconciliación de la creación que viene de los hijos de Dios?; mientras que por el contrario, Chernóbil, por poner un caso, ¿no es una expresión estremecedora de la creación sumida en la oscuridad de Dios? Marcos concluye su breve relato de las tentaciones con una frase que se puede interpretar como una alusión al Sal 91, 11 s: "y los ángeles le servían". La frase se encuentra también al final del relato más extenso de las tentaciones que hace Mateo, y sólo allí resulta completamente comprensible, gracias a que se engloba en un contexto más amplio. Mateo y Lucas hablan de tres tentaciones de Jesús en las que se refleja su lucha interior por cumplir su misión, pero al mismo tiempo surge la pregunta sobre qué es lo que cuenta verdaderamente en la vida humana. Aquí aparece claro el núcleo de toda tentación: apartar a Dios que, ante todo lo que parece más urgente en nuestra vida, pasa a ser algo secundario, o incluso superfluo y

molesto. Poner orden en nuestro mundo por nosotros solos, sin Dios, contando únicamente con nuestras propias capacidades, reconocer como verdaderas sólo las realidades políticas y materiales, y dejar a Dios de lado con palabras a los que se burlaban de Jesús al pie de la cruz: "Si eres Hijo de Dios, baja de la cruz" (Mt 27, 40). El Libro de la Sabiduría había previsto ya esta situación: "Si es justo, Hijo de Dios, lo auxiliará..." (Sb 2, 18). Aquí se superponen la burla y la tentación: para ser creíble, Cristo debe dar una prueba de lo que dice ser. Esta petición de pruebas acompaña a Jesús durante toda su vida, a lo largo de la cual se le echa en cara repetidas veces que no dé pruebas suficientes de sí; que no haga el gran milagro que, acabando con toda ambigüedad u oposición, deje indiscutiblemente claro para cualquiera qué es o no es. Y esta petición se la dirigimos también nosotros a Dios, a Cristo y a su Iglesia a lo largo de la historia: si existes, Dios, tienes que mostrarte. Debes despejar las nubes que te ocultan y darnos la claridad que nos corresponde. Si tú, Cristo, eres realmente el Hijo y no uno de tantos iluminados que han aparecido continuamente en la historia, debes demostrarlo con mayor claridad de lo que lo haces. Y, así, tienes que dar a tu Iglesia, si debe ser realmente la tuya, un grado de evidencia distinto del que en realidad posee. Volveremos sobre este punto cuando hablemos de la segunda tentación, de la que constituye su auténtico núcleo. La prueba de la existencia de Dios que el tentador propone en la primera tentación consiste en convertir las piedras del desierto en pan. En principio se trata del hambre de Jesús mismo; así lo ve Lucas: "Dile a esta piedra que se convierta en pan" (Lc 4, 3). Pero Mateo interpreta la tentación de un modo más amplio, tal como se le presentó ya en la vida terrena de Jesús y, después, se le proponía y propone constantemente a lo largo de toda la historia. ¿Qué es más trágico, qué se opone más a la fe en un Dios bueno y a la fe en un redentor de los hombres que el hambre de la humanidad? El primer criterio para identificar al redentor ante el mundo y por el mundo, ¿no debe ser que le dé pan y acabe con el hambre de todos? Cuando el pueblo de Israel vagaba por el desierto, Dios lo alimentó con el pan del cielo, el maná. Se creía poder reconocer en eso una imagen del tiempo mesiánico: ¿no debería y debe el salvador del mundo demostrar su identidad dando de comer a todos? ¿No es el problema de la alimentación del mundo y, más general, los problemas sociales, el primero y más auténtico criterio con el cual debe confrontarse la redención? ¿Puede llamarse redentor alguien que no responde a este criterio? El marxismo ha hecho precisamente de este ideal -muy comprensiblemente- el centro de su promesa de salvación: habría hecho que toda hambre fuera saciada y que "el desierto se convirtiera en pan". "Si eres

Hijo de Dios...": ¡qué desafío! ¿No se deberá decir lo mismo a la Iglesia? Si quieres ser la Iglesia de Dios, preocúpate ante todo del pan para el mundo, lo demás viene después. Resulta difícil responder a este reto, precisamente porque el grito de los hambrientos nos interpela y nos debe calar muy hondo en los oídos y en el alma. La respuesta de Jesús no se puede entender sólo a la luz del relato de las tentaciones. El tema del pan aparece en todo el Evangelio y hay que verlo en toda su amplitud. Hay otros dos grandes relatos relacionados con el pan en la vida de Jesús. Uno es la multiplicación de los panes para los miles de personas que habían seguido al Señor en un lugar desértico. ¿Por qué se hace en ese momento lo que antes se había rechazado como tentación? La gente había llegado para escuchar la palabra de Dios y, para ello, habían dejado todo lo demás. Y así, como personas que han abierto su corazón a Dios y a los demás en reciprocidad, pueden recibir el pan del modo adecuado. Este milagro de los panes supone tres elementos: le precede la búsqueda de Dios, de su palabra, de una recta orientación de toda la vida. Además, el pan se pide a Dios. Y, por último, un elemento fundamental del milagro es la mutua disposición a compartir. Escuchar a Dios se convierte en vivir con Dios, y lleva de la fe al amor, al descubrimiento del otro. Jesús no es indiferente al hambre de los hombres, a sus necesidades materiales, pero las sitúa en el contexto adecuado y les concede la prioridad debida. Este segundo relato sobre el pan remite anticipadamente a un tercer relato y es su preparación: la Última Cena, que se convierte en la Eucaristía de la Iglesia y el milagro permanente de Jesús sobre el pan. Jesús mismo se ha convertido en grano de trigo que, muriendo, da mucho fruto (cf. Jn 12, 24). El mismo se ha hecho pan para nosotros, y esta multiplicación del pan durará inagotablemente hasta el fin de los tiempos. De este modo entendemos ahora las palabras de Jesús, que toma del Antiguo Testamento (cf. Dt 8, 3), para rechazar al tentador: "No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios" (Mt 4, 4). Hay una frase al respecto del jesuita alemán Alfred Delp, ejecutado por los nacionalsocialistas: "El pan es importante, la libertad es más importante, pero lo más importante de todo es la fidelidad constante y la adoración jamás traicionada". Cuando no se respeta esta jerarquía de los bienes, sino que se invierte, ya no hay justicia, ya no hay preocupación por el hombre que sufre, sino que se crea desajuste y destrucción también en el ámbito de los bienes materiales. Cuando a Dios se le da una importancia secundaria, que se puede dejar de lado temporal o permanentemente en nombre de asuntos más importantes, entonces fracasan precisamente estas cosas presuntamente más

importantes. No sólo lo demuestra el fracaso de la experiencia marxista. Las ayudas de Occidente a los países en vías de desarrollo, basadas en principios puramente técnico-materiales, que no sólo han dejado de lado a Dios, sino que, además, han apartado a los hombres de El con su orgullo del sabelotodo, han hecho del Tercer Mundo el Tercer Mundo en sentido actual. Estas ayudas han dejado de lado las estructuras religiosas, morales y sociales existentes y han introducido su mentalidad tecnicista en el vacío. Creían poder transformar las piedras en pan, pero han dado piedras en vez de pan. Está en juego la primacía de Dios. Se trata de reconocerlo como realidad, una realidad sin la cual ninguna otra cosa puede ser buena. No se puede gobernar la historia con meras estructuras materiales, prescindiendo de Dios. Si el corazón del hombre no es bueno, ninguna otra cosa puede llegar a ser buena. Y la bondad de corazón sólo puede venir de Aquel que es la Bondad misma, el Bien. Naturalmente, se puede preguntar por qué Dios no ha creado un mundo en el que su presencia fuera más evidente; por qué Cristo no ha dejado un rastro más brillante de su presencia, que impresionara a cualquiera de manera irresistible. Éste es el misterio de Dios y del hombre que no podemos penetrar. Vivimos en este mundo, en el que Dios no tiene la evidencia de lo palpable, y sólo se le puede buscar y encontrar con el impulso del corazón, a través del "éxodo" de "Egipto". En este mundo hemos de oponernos a las ilusiones de falsas filosofías y reconocer que no sólo vivimos de pan, sino ante todo de la obediencia a la palabra de Dios. Y sólo donde se vive esta obediencia nacen y crecen esos sentimientos que permiten proporcionar también pan para todos. Pasemos a la segunda tentación de Jesús, cuyo significado ejemplar es el más difícil de entender en ciertos aspectos. Hay que considerar la tentación como una especie de visión, pero que entraña una realidad, una especial amenaza para el hombre Jesús y su misión. En primer lugar, hay algo llamativo. El diablo cita la Sagrada Escritura para hacer caer a Jesús en la trampa. Cita el Sal 91, 11 s, que habla de la protección que Dios ofrece al hombre fiel: "Porque a sus ángeles ha dado órdenes para que te guarden en tus caminos; te llevarán en sus palmas, para que tu pie no tropiece en la piedra". Estas palabras tienen un peso aún mayor por el hecho de que son pronunciadas en la Ciudad Santa, en el lugar sagrado. De hecho, el Salmo citado está relacionado con el templo; quien lo recita espera protección en el templo, pues la morada de Dios debe ser un lugar de especial protección divina. ¿Dónde va a sentirse más seguro el creyente que en el recinto sagrado del templo? (más detalles en Gnilka, pp. 88 s). El diablo muestra ser un gran conocedor de las Escrituras, sabe citar el Salmo con exactitud; todo el diálogo de la segunda

tentación aparece formalmente como un debate entre dos expertos de las Escrituras: el diablo se presenta como teólogo, añade Joachim Gnilka. Vladimir Soloviev toma este motivo en su breve relato del Anticristo: el Anticristo recibe el doctorado honoris causa en teología por la Universidad de Tubinga; es un gran experto en la Biblia. Soloviev expresa drásticamente con este relato su escepticismo frente a un cierto tipo de erudición exegética de su época. No se trata de un no a la interpretación científica de la Biblia como tal, sino de una advertencia sumamente útil y necesaria ante sus posibles extravíos. La interpretación de la Biblia puede convertirse, de hecho, en un instrumento del Anticristo. No lo dice solamente Soloviev, es lo que afirma implícitamente el relato mismo de la tentación. A partir de resultados aparentes de la exégesis científica se han escrito los peores y más destructivos libros de la figura de Jesús, que dismantelan la fe. Hoy en día se somete la Biblia a la norma de la denominada visión moderna del mundo, cuyo dogma fundamental es que Dios no puede actuar en la historia y, que, por tanto, todo lo que hace referencia a Dios debe estar circunscrito al ámbito de lo subjetivo. Entonces la Biblia ya no habla de Dios, del Dios vivo, sino que hablamos sólo nosotros mismos y decidimos lo que Dios puede hacer y lo que nosotros queremos o debemos hacer. Y el Anticristo nos dice entonces, con gran erudición, que una exégesis que lee la Biblia en la perspectiva de la fe en el Dios vivo y, al hacerlo, le escucha, es fundamentalismo; sólo su exégesis, la exégesis considerada auténticamente científica, en la que Dios mismo no dice nada ni tiene nada que decir, está a la altura de los tiempos. El debate teológico entre Jesús y el diablo es una disputa válida en todos los tiempos y versa sobre la correcta interpretación bíblica, cuya cuestión hermenéutica fundamental es la pregunta por la imagen de Dios. El debate acerca de la interpretación es, al fin y al cabo, un debate sobre quién es Dios. Esta discusión sobre la imagen de Dios en que consiste la disputa sobre la interpretación correcta de la Escritura se decide de un modo concreto en la imagen de Cristo: El, que se ha quedado sin poder mundano, ¿es realmente el Hijo del Dios vivo? Así, el interrogante sobre la estructura del curioso diálogo escriturístico entre Cristo y el tentador lleva directamente al centro de la cuestión del contenido. ¿De qué se trata? Se ha relacionado esta tentación con la máxima del *panem et circenses*: después del pan hay que ofrecer algo sensacional. Dado que, evidentemente, al hombre no le basta la mera satisfacción del hambre corporal, quien no quiere dejar entrar a Dios en el mundo y en los hombres tiene que ofrecer el placer de emociones excitantes cuya intensidad suplante y acalle la conmoción religiosa. Pero no se

habla de esto en este pasaje, puesto que, al parecer, en la tentación no se presupone la existencia de espectadores. El punto fundamental de la cuestión aparece en la respuesta de Jesús, que de nuevo está tomada del Deuteronomio (Dt 6, 16): "¡No tentaréis al Señor, vuestro Dios!". En el Deuteronomio, esto alude a las vicisitudes de Israel que corría peligro de morir de sed en el desierto. Se llega a la rebelión contra Moisés, que se convierte en una rebelión contra Dios. Dios tiene que demostrar que es Dios. Esta rebelión contra Dios se describe en la Biblia de la siguiente manera: "Tentaron al Señor diciendo: "¿Está o no está el Señor en medio de nosotros?"" (Ex 17, 7). Se trata, por tanto, de lo que hemos indicado antes: Dios debe someterse a una prueba. Es "probado" del mismo modo que se prueba una mercancía. Debe someterse a las condiciones que nosotros consideramos necesarias para llegar a una certeza. Si no proporciona la protección prometida en el Sal 91, 1, entonces no es Dios. Ha desmentido su palabra y, haciendo así, se ha desmentido a sí mismo. Nos encontramos de lleno ante el gran interrogante de cómo se puede conocer a Dios y cómo se puede desconocerlo, de cómo el hombre puede relacionarse con Dios y cómo puede perderlo. La arrogancia que quiere convertir a Dios en un objeto e imponerle nuestras condiciones experimentales de laboratorio no puede encontrar a Dios. Pues, de entrada, presupone ya que nosotros negamos a Dios en cuanto Dios, pues nos ponemos por encima de Él. Porque dejamos de lado toda dimensión del amor, de la escucha interior, y sólo reconocemos como real lo que se puede experimentar, lo que podemos tener en nuestras manos. Quien piensa de este modo se convierte a sí mismo en Dios y, con ello, no sólo degrada a Dios, sino también al mundo y a sí mismo. Esta escena sobre el pináculo del templo hace dirigir la mirada también hacia la cruz. Cristo no se arroja desde el pináculo del templo. No salta al abismo. No tienta a Dios. Pero ha descendido al abismo de la muerte, a la noche del abandono, al desamparo propio de los indefensos. Se ha atrevido a dar este salto como acto del amor de Dios por los hombres. Y por eso sabía que, saltando, sólo podía caer en las manos bondadosas del Padre. Así se revela el verdadero sentido del Salmo 91, el derecho a esa confianza última e ilimitada de la que allí se habla: quien sigue la voluntad de Dios sabe que en todos los horrores que le ocurran nunca perderá una última protección. Sabe que el fundamento del mundo es el amor y que, por ello, incluso cuando ningún hombre pueda o quiera ayudarle, él puede seguir adelante poniendo su confianza en Aquel que le ama. Pero esta confianza a la que la Escritura nos autoriza y a la que nos invita el Señor, el Resucitado, es algo completamente diverso del desafío aventurero de quien quiere convertir a

Dios en nuestro siervo. Llegamos a la tercera y última tentación, al punto culminante de todo el relato. El diablo conduce al Señor en una visión a un monte alto. Le muestra todos los reinos de la tierra y su esplendor, y le ofrece dominar sobre el mundo. ¿No es justamente ésta la misión del Mesías? ¿No debe ser El precisamente el rey del mundo que reúne toda la tierra en un gran reino de paz y bienestar? Al igual que en la tentación del pan, hay otras dos notables escenas equivalentes en la vida de Jesús: la multiplicación de los panes y la Última Cena; lo mismo ocurre también aquí. El Señor resucitado reúne a los suyos "en el monte" (cf. Mt 28, 16) y dice: "Se me ha dado pleno poder en el cielo y en la tierra" (Mt 28, 18). Aquí hay dos aspectos nuevos y diferentes: el Señor tiene poder en el cielo y en la tierra. Y sólo quien tiene todo este poder posee el auténtico poder, el poder salvador. Sin el cielo, el poder terreno queda siempre ambiguo y frágil. Sólo el poder que se pone bajo el criterio y el juicio del cielo, es decir, de Dios, puede ser un poder para el bien. Y sólo el poder que está bajo la bendición de Dios puede ser digno de confianza. A ello se añade otro aspecto: Jesús tiene este poder en cuanto resucitado, es decir: este poder presupone la cruz, presupone su muerte. Presupone el otro monte, el Gólgota, donde murió clavado en la cruz, escarnecido por los hombres y abandonado por los suyos. El reino de Cristo es distinto de los reinos de la tierra y de su esplendor, que Satanás le muestra. Este esplendor, como indica la palabra griega *doxa*, es apariencia que se disipa. El reino de Cristo no tiene este tipo de esplendor. Crece a través de la humildad de la predicación en aquellos que aceptan ser sus discípulos, que son bautizados en el nombre del Dios trino y cumplen sus mandamientos (cf. Mt 28, 19 s). Pero volvamos a la tentación. Su auténtico contenido se hace visible cuando constatamos cómo va adoptando siempre nueva forma a lo largo de la historia. El imperio cristiano intentó muy pronto convertir la fe en un factor político de unificación imperial. El reino de Cristo debía, pues, tomar la forma de un reino político y de su esplendor. La debilidad de la fe, la debilidad terrena de Jesucristo, debía ser sostenida por el poder político y militar. En el curso de los siglos, bajo distintas formas, ha existido esta tentación de asegurar la fe a través del poder, y la fe ha corrido siempre el riesgo de ser sofocada precisamente por el abrazo del poder. La lucha por la libertad de la Iglesia, la lucha para que el reino de Jesús no pueda ser identificado con ninguna estructura política, hay que librarla en todos los siglos. En efecto, la fusión entre fe y poder político siempre tiene un precio: la fe se pone al servicio del poder y debe doblegarse a sus criterios. La alternativa que aquí se plantea adquiere una forma provocadora en el relato de la pasión del

Señor. En el punto culminante del proceso, Pilato plantea la elección entre Jesús y Barrabás. Uno de los dos será liberado. Pero, ¿quién era Barrabás? Normalmente pensamos sólo en las palabras del Evangelio de Juan: "Barrabás era un bandido" (Jn 18, 40). Pero la palabra griega que corresponde a "bandido" podía tener un significado específico en la situación política de entonces en Palestina. Quería decir algo así como "combatiente de la resistencia". Barrabás había participado en un levantamiento (cf. Mt 15, 7) y -en ese contexto- había sido acusado además de asesinato (cf. Lc 23, 19. 25). Cuando Mateo dice que Barrabás era un "preso famoso", demuestra que fue uno de los más destacados combatientes de la resistencia, probablemente el verdadero líder de ese levantamiento (cf. Mt 27, 16). En otras palabras, Barrabás era una figura mesiánica. La elección entre Jesús y Barrabás no es casual: dos figuras mesiánicas, dos formas de mesianismo frente a frente. Ello resulta más evidente si consideramos que "BarAbbas" significa "hijo del padre": una denominación típicamente mesiánica, el nombre religioso de un destacado líder del movimiento mesiánico. La última gran guerra mesiánica de los judíos en el año 132 fue acaudillada por BarKokebá, "hijo de la estrella". Es la misma composición nominal; representa la misma intención. Orígenes nos presenta otro detalle interesante: en muchos manuscritos de los Evangelios hasta el siglo III el hombre en cuestión se llamaba "Jesús Barrabás", Jesús hijo del padre. Se manifiesta como una especie de doble de Jesús, que reivindica la misma misión, pero de una manera muy diferente. Así, la elección se establece entre un Mesías que acaudilla una lucha, que promete libertad y su propio reino, y este misterioso Jesús que anuncia la negación de sí mismo como camino hacia la vida. ¿Cabe sorprenderse de que las masas prefirieran a Barrabás?

Si hoy nosotros tuviéramos que elegir, ¿tendría alguna oportunidad Jesús de Nazaret, el Hijo de María, el Hijo del Padre? ¿Conocemos a Jesús realmente? ¿Lo comprendemos? ¿No debemos tal vez esforzarnos por conocerlo de un modo renovado tanto ayer como hoy? El tentador no es tan burdo como para proponernos directamente adorar al diablo. Sólo nos propone decidirnos por lo racional, preferir un mundo planificado y organizado, en el que Dios puede ocupar un lugar, pero como asunto privado, sin interferir en nuestros propósitos esenciales. Soloviev atribuye un libro al Anticristo, El camino abierto para la paz y el bienestar del mundo, que se convierte, por así decirlo, en la nueva Biblia y que tiene como contenido esencial la adoración del bienestar y la planificación racional. Por tanto, la tercera tentación de Jesús resulta ser la tentación fundamental, se refiere a la pregunta sobre qué debe hacer un salvador del

mundo. Esta se plantea durante todo el transcurso de la vida de Jesús. Aparece abiertamente de nuevo en uno de los momentos decisivos de su camino. Pedro había pronunciado en nombre de los discípulos su confesión de fe en Jesús Mesías-Cristo, el Hijo del Dios vivo, y con ello formula esa fe en la que se basa la Iglesia y que crea la nueva comunidad de fe fundada en Cristo. Pero precisamente en este momento crucial, en el que frente a la "opinión de la gente" se manifiesta el conocimiento diferenciador y decisivo de Jesús, y comienza así a formarse su nueva familia, he aquí que se presenta el tentador, el peligro de ponerlo todo al revés. El Señor explica inmediatamente que el concepto de Mesías debe entenderse desde la totalidad del mensaje profético: no significa poder mundano, sino la cruz y la nueva comunidad completamente diversa que nace de la cruz. Pero Pedro no lo había entendido en estos términos: "Pedro se lo llevó aparte y se puso a increparle: " ¡No lo permita Dios, Señor! Eso no puede pasarte"". Sólo leyendo estas palabras sobre el trasfondo el relato de las tentaciones, como su reaparición en el momento decisivo, entenderemos la respuesta increíblemente dura de Jesús: "¡Quítate de mi vista, Satanás, que me haces tropezar; tú piensas como los hombres, no como Dios!" (Mt 16, 22 s). Pero, ¿no decimos una y otra vez a Jesús que su mensaje lleva a contradecir las opiniones predominantes, y así corre el peligro del fracaso, el sufrimiento, la persecución? El imperio cristiano o el papado mundano ya no son hoy una tentación, pero interpretar el cristianismo como una receta para el progreso y reconocer el bienestar común como la auténtica finalidad de todas las religiones, también de la cristiana, es la nueva forma de la misma tentación. Esta se encubre hoy tras la pregunta: ¿Qué ha traído Jesús, si no ha conseguido un mundo mejor? ¿No debe ser éste acaso el contenido de la esperanza mesiánica? En el Antiguo Testamento se sobreponen aún dos líneas de esperanza: la esperanza de que llegue un mundo salvado, en el que el lobo y el cordero estén juntos (cf. Is 11, 6), en el que los pueblos del mundo se pongan en marcha hacia el monte de Sión y para el cual valga la profecía: "Forjarán de sus espadas azadones y de sus lanzas podaderas" (Is 2, 4; Mi 4, 3). Pero junto a esta esperanza, también se encuentra la perspectiva del siervo de Dios que sufre, de un Mesías que salva mediante el desprecio y el sufrimiento. Durante todo su camino y de nuevo en sus conversaciones después de la Pascua, Jesús tuvo que mostrar a sus discípulos que Moisés y los Profetas hablaban de Él, el privado de poder exterior, el que sufre, el crucificado, el resucitado; tuvo que mostrar que precisamente así se cumplían las promesas. "¡Qué necios y torpes sois para creer lo que anunciaron los profetas!" (Lc 24, 25), dijo el Señor a los discípulos de

Emaús, y lo mismo debe repetirnos continuamente también a nosotros a lo largo de los siglos, pues también pensamos siempre que, si quería ser el Mesías, debería haber traído la edad de oro. Pero Jesús nos dice también lo que objetó a Satanás, lo que dijo a Pedro y lo que explicó de nuevo a los discípulos de Emaús: ningún reino de este mundo es el Reino de Dios, ninguno asegura la salvación de la humanidad en absoluto. El reino humano permanece humano, y el que afirme que puede edificar el mundo según el engaño de Satanás, hace caer el mundo en sus manos. Aquí surge la gran pregunta que nos acompañará a lo largo de todo este libro: ¿qué ha traído Jesús realmente, si no ha traído la paz al mundo, el bienestar para todos, un mundo mejor? ¿Qué ha traído? La respuesta es muy sencilla: a Dios. Ha traído a Dios. Aquel Dios cuyo rostro se había ido revelando primero poco a poco, desde Abraham hasta la literatura sapiencial, pasando por Moisés y los Profetas; el Dios que sólo había mostrado su rostro en Israel y que, si bien entre muchas sombras, había sido honrado en el mundo de los pueblos; ese Dios, el Dios de Abraham, Isaac y Jacob, el Dios verdadero, Él lo ha traído a los pueblos de la tierra. Ha traído a Dios: ahora conocemos su rostro, ahora podemos invocarlo. Ahora conocemos el camino que debemos seguir como hombres en este mundo. Jesús ha traído a Dios y, con El, la verdad sobre nuestro origen y nuestro destino; la fe, la esperanza y el amor. Sólo nuestra dureza de corazón nos hace pensar que esto es poco. Sí, el poder de Dios en este mundo es un poder silencioso, pero constituye el poder verdadero, duradero. La causa de Dios parece estar siempre como en agonía. Sin embargo, se demuestra siempre como lo que verdaderamente permanece y salva. Los reinos de la tierra, que Satanás puso en su momento ante el Señor, se han ido derrumbando todos. Su gloria, su doxa, ha resultado ser apariencia. Pero la gloria de Cristo, la gloria humilde y dispuesta a sufrir, la gloria de su amor, no ha desaparecido ni desaparecerá. En la lucha contra Satanás ha vencido Jesús: frente a la divinización fraudulenta del poder y del bienestar, frente a la promesa mentirosa de un futuro que, a través del poder y la economía, garantiza todo a todos, El contrapone la naturaleza divina de Dios, Dios como auténtico bien del hombre. Frente a la invitación a adorar el poder, el Señor pronuncia unas palabras del Deuteronomio, el mismo libro que había citado también el diablo: "Al Señor tu Dios, adorarás y a él sólo darás culto" (Mt 4, 10; cf. Dt 6, 13). El precepto fundamental de Israel es también el principal precepto para los cristianos: adorar sólo a Dios. Al hablar del Sermón de la Montaña veremos que precisamente este sí incondicional a la primera tabla del Decálogo encierra también el sí a la segunda tabla: el respeto al hombre, el amor al prójimo. Como Marcos, también

Mateo concluye el relato de las tentaciones con las palabras: "Y se acercaron los ángeles y le servían" (Mt 4, 11; Mc 1, 13). Ahora se cumple el Sal 91, 11: los ángeles le sirven; se ha revelado como Hijo y por eso se abre el cielo sobre Él, el nuevo Jacob, el tronco fundador de un Israel que se ha hecho universal (cf. Jn 1, 51; Gn 28, 12).